

DEI VERBUM

CONSTITUCION DOGMATICA
DEL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II
SOBRE LA
REVELACION DIVINA

Colección: "EL PASTOR NOS GUIA"

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

VI edición

EDICIONES PAULINAS

Distribuyen:

EDICIONES PAULINAS

— Nazca 4249 — 1419 Buenos Aires (Argentina)
Tel. 572-3926/4810.

— Avda. San Martín 4350 — 1602 Florida
(Bs. As. Argentina). Tel. 760-0528.

*Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina / Es Industria Argentina.*

EDICIONES PAULINAS

Nazca 4249 — 1419 Buenos Aires (Argentina)

PROEMIO

1. El Santo Concilio, escuchando religiosamente la palabra de Dios y proclamándola confiadamente, hace suyas las palabras de san Juan, cuando dice: "Os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó: lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros, y esta comunión nuestra sea con el Padre y con el Hijo Jesucristo" (1 Jn 1, 2-3). Por tanto, siguiendo las huellas de los Concilios Tridentino y Vaticano I, se propone exponer la doctrina genuina sobre la divina revelación y sobre su transmisión, para que todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación; creyendo, espere, y esperando, ame¹.

¹ Cf. San Agustín, *De catechizandis rudibus* 4, 8: PL 40,316.

CAPITULO I LA REVELACION

2. Naturaleza y objeto de la revelación

Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (cfr. Ef. 1, 9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cfr. Ef. 2, 18; 2 Pe 1, 4). En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible (cfr. Col. 1, 15; 1 Tim 1, 17), habla a los hombres como a amigos movido por su gran amor (cfr. Ex 33, 11; Jn 15, 14-15), y mora con ellos (cfr. Bar 3, 38), para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. Este plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecos conexos entre sí de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significativos por las palabras, y las palabras, por su parte proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación de Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación².

² Cf. Mt. 11,27; Jn 1,14 y 17; 14,6; 17,1-3; 2 Cor 3,16; 4,6; Ef. 1,3-14.

3. Preparación de la revelación evangélica

Dios, creándolo todo y conservándolo por su Verbo (cfr. Jn 1, 3), da a los hombres testimonio perenne de sí en las cosas creadas (cfr. Rom 1, 19-20), y, queriendo abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio. Después de la caída de éstos, alentó en ellos la esperanza de la salvación (cfr. Gén. 3, 15), con la promesa de la redención y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras (cfr. Rom. 2, 6-7). En su tiempo llamó a Abraham para hacerlo padre de un gran pueblo (cfr. Gén. 12, 2), al que luego instruyó por los Patriarcas, por Moisés y por los Profetas, para que lo reconocieran Dios único, vivo y verdadero. Padre providente y justo juez, y para que esperaran al Salvador prometido; y de esta forma, a través de los siglos, fue preparando el camino del Evangelio.

4. Cristo lleva a su cumbre la revelación

Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los Profetas, "últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo" (Heb 1, 1-2), pues envió a su Hijo, es decir al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios (cfr. Jn 1, 1-18); Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, "hombre enviado a los hombres"³, "habla las palabras de Dios"

³ Epist. ad Diognetum c.7,4; Funk, Patres Apostolici I p. 403.

(Jn 3, 34) y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (cfr. Jn. 5, 36; 17, 4). Por tanto, Jesucristo —ver al cual es ver al Padre (cfr. Jn. 14,9)— con su misma presencia y manifestación personal, con palabras y obras, signos y milagros y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio divino que Dios vive con nosotros para liberarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna.

La economía cristiana, por tanto, como alianza nueva y definitiva nunca será y no hay que esperar ya ninguna revelación pública nueva antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (Cfr. 1 Tim 6, 14; Tit 2, 13).

5. Hay que recibir la revelación con fe

Cuando Dios revelá hay que prestarle "la obediencia de la fe" (Rom. 16, 26; cfr. Rom. 1, 5; 2 Cor 10, 5-6), por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios, prestando "a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad"⁴, y asistiendo voluntariamente a la revelación hecha por El. Para profesar esta (fe) es necesaria la gracia de Dios que proviene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da "a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad"⁵. Y para

⁴ Conc. Vat. I, const. dogm. de fe católica *Dei Filius* c.3: Denz. 1789 (3008).

⁵ Conc. Araus. II, can.7; Denz. 180 (377). Conc. Vat. I 1.c.: Denz. 1791 (3010).

que la inteligencia de la revelación sea más profunda; el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones.

6. Las verdades reveladas

Mediante la revelación divina, quiso Dios manifestarse a Sí mismo y manifestar los eternos decretos de su voluntad acerca de la salvación de los hombres "para comunicarles los bienes divinos que superan totalmente la comprensión de la inteligencia humana"⁶.

Confiesa el Santo Concilio "que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con seguridad por la luz natural de la razón humana, partiendo de las criaturas" (cfr. Rom 1, 20); pero enseña que hay que atribuir a Su revelación "el que todo lo divino, que por su naturaleza no sea inaccesible a la razón humana, lo pueden conocer todos fácilmente, con certeza y sin error alguno, incluso en la condición presente del género humano"⁷.

*Revelac. C^o Sacra
Culto
San. etc.*

⁶ Conc. Vat. I, const. dogmática de fe católica *Dei Filius* c.2: Denz. 1786 (3005).

⁷ Ibid.: Denz. 1785 y 1786 (3004 y 3005).

CAPITULO II
LA TRANSMISION
DE LA REVELACION DIVINA

7. Los Apóstoles y sus sucesores,
heraldos del Evangelio

Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones. Por ello, Cristo Señor, en quien se consuma la revelación total de Dios Sumo (cfr. 2 Cor 1, 20; 3, 16; 4, 6), mandó a los Apóstoles que predicaran a todos los hombres¹ el Evangelio comunicándoles los dones divinos. Este Evangelio, prometido antes por los Profetas, lo completó El y promulgó con su propia palabra, como fuente de toda verdad salvadora y de la disciplina de las costumbres. Esto fue realizado fielmente, tanto por los Apóstoles —que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo— como por aquellos Apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo

¹ Cf. Mt 28, 19-20; Mc 16, 15. Conc. Trident., de cr. *De Canonicis Scripturis*: Denz. 783 (1501).

Espíritu Santo, escribieron el mensaje de la salvación².

Más para que el Evangelio se conservara constantemente íntegro y vivo en la Iglesia, los Apóstoles dejaron como sucesores a los Obispos "entregándoles su propio cargo del magisterio"³. Por consiguiente, esta Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura de ambos Testamentos son como un espejo en que la Iglesia, peregrina en la tierra, contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta que le sea concedido el verlo cara a cara, tal como es (cfr. 1 Jn 3, 2).

8. La Sagrada Tradición

Así, pues, la predicación apostólica, que está expuesta de un modo especial en los libros inspirados, debía conservarse hasta el fin de los tiempos por una sucesión continua. De ahí que los Apóstoles, comunicando lo que ellos mismos han recibido, amonestaban a los fieles que conserven las tradiciones que han aprendido o de palabra o por escrito (cfr. 2 Tes. 2, 15), y que sigan combatiendo por la fe que se les ha dado una vez para siempre (cfr. Jud 3)⁴. Ahora bien, lo que enseñaron los Apóstoles encierra todo lo necesario para que el pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y

² Cf. Conc. Trident., 1. c. Conc. Vat. I, ses. 3, const. dogm. de fe católica *Dei Filius* c.2: Denz. 1787 (3006).

³ San Ireneo, *Adv. Haer.* III 3,1: PG 7, 848; Harvey, 2 p. 9.

⁴ Cf. Conc. Niceno II: Denz. 303 (602). Conc. Constant. IV, ses. 10 can.1: Denz. 336 (650-652).

transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que ella cree.

Esta Tradición, que deriva de los Apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo⁵, puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón (cfr. Lc. 2,19 y 51), ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad. Es decir, la Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios.

Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta Tradición, cuyos tesoros se comunican a la práctica y a la vida de la Iglesia creyente y orante. Por esta Tradición la Iglesia conoce el Canon íntegro de los Libros Sagrados y por ella la Sagrada Escritura se va conociendo más a fondo y se hace incesantemente operativa: y de esta forma Dios, que habló en otro tiempo, habla sin intermisión con la Esposa de su amado Hijo; y el Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia y por ella en el mundo, va induciendo a los creyentes en toda la verdad y hace que la palabra de Cristo habite en ellos abundantemente (cfr. Col 3,16).

⁵ Cf. Conc. Vat. I, const. dogm. de fe católica *Dei Filius* c.4; Denz. 1800 (3020).

9. Mutua relación entre la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura

Así, pues, la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas, porque surgiendo ambas de la misma fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin, ya que la Sagrada Escritura es la palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, y la Sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los Apóstoles la palabra de Dios, a ellos confía por Cristo Señor y por el Espíritu Santo para que con la luz del Espíritu de la verdad la guarden fielmente, la expongan y la difundan con su predicación; de donde se sigue que la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas. Por eso se han de recibir y venerar ambas con un mismo espíritu de piedad y reverencia⁶.

10. Relación de una y otra con toda la Iglesia y con el Magisterio

La Sagrada Tradición, pues, y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia; fiel a este depósito todo el pueblo santo unido con sus pastores en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, persevera constante en la fracción del pan y en la oración (cfr. He 2,42), de suerte que pastores y fieles colaboran estrechamente en la conservación y en el ejercicio de la profesión de la fe recibida⁷.

⁶ Cf. Conc. Trident., decreto *De canonicis Scripturis*; Denz. 783 (1501).

⁷ Cf. Pío XII, const. apost. *Munificentissimus Deus*, del 1 de no-

Magisterio vivo
Pero el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios escrita o transmitida⁸, ha sido confiado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia⁹, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. Este Magisterio no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo; la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer.

Es evidente, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unificados de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que juntos, cada uno a su modo bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas.

viembre de 1950: AAS 42 (1950) 756, relacionada con las palabras de San Cipriano: "La Iglesia, plebe aunada a su Sacerdote y grey adherida a su Pastor": *Epist.* 66, 8. CSEL, III B p. 733.

⁸ Cf. Conc. Vat. I, const. dogm. de fe católica *Dei Filius* c. 3: Denz. 1792 (3011).

⁹ Cf. Pío XII, enc. *Humani generis*, del 12 de agosto de 1950: AAS 42 (1950) 568-569; Denz. 2314 (3886).

CAPITULO III

INSPIRACION DIVINA E INTERPRETACION DE LA SAGRADA ESCRITURA

11. Se determina el hecho de la inspiración y de la verdad de la Sagrada Escritura

Las verdades reveladas por Dios que están contenidas y se manifiestan en la Sagrada Escritura, fueron escritas por inspiración del Espíritu Santo. La santa Madre Iglesia, según la fe apostólica, tiene por santos y canónicos los libros íntegros del Antiguo y Nuevo Testamento con todas sus partes, porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo (cfr. Jn. 20,31; 2 Tim. 3, 16; 2 Pe. 1,19-20; 3,15-16) tienen a Dios como Autor y como tales han sido entregados a la misma Iglesia¹. Pero en la redacción de los libros sagrados, Dios eligió a hombres que utilizó según sus propias facultades y capacidades², de forma que obrando El en ellos y por ellos³ escribieron,

¹ Cf. Conc. Vat. I, const. dogmática *Dei Filius*, c. 2: Denz. 1787 (3006). *Pont. Comm. Biblica*, decr. del 18 de junio de 1915: Denz. 2180 (3629); EB 420. S. C. S. Oficio, carta del 22 de diciembre de 1923: EB 499.

² Cf. Pío XII, enc. *Divino afflante Spiritu*, 30 de setiembre de 1943: AAS 53 (1943) 14; EB 556.

³ En y por el hombre: cf. Hebr. 1,1; 4,7 (*en*); 2 Sam. 23,2; Mt 1,22 y frecuentemente (*por*); Conc. Vat. I, *Schema de doctrina cathol.*, nt. 9: Coll. Lac. VII 522.

como verdaderos autores, todo y sólo lo que. El que-
ría

Pues, como todo lo que los autores inspirados o hagiógrafos afirman, debe tenerse como afirmado por el Espíritu Santo, hay que confesar que los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación⁴. Así, pues, "toda la Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y equipado para toda obra buena" (2 Tim 3, 16-17 gr.).

12. Cómo hay que interpretar la Sagrada Escritura

Habiendo, pues, hablado Dios en la Sagrada Escritura por hombres y a la manera humana⁵, para que el intérprete de la Sagrada Escritura comprenda lo que El quiso comunicarnos, debe investigar con atención qué pretendieron expresar realmente los hagiógrafos y plugo a Dios manifestar con las palabras de ellos.

Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, los géneros literarios.

4 León XIII, enc. *Providentissimus Deus*, del 18 de noviembre de 1893: Denz. 1952 (3293); EB 125.

5 Cf. San Agustín, *Gen. ad litt.* 2,9;20: PL 34,270-271; CSEL 28,1,46-47 y la *Epist.* 82,3; PL 33,277; CSEL 34,2, p. 354. Santo Tomás, *De Ver. q.* 12 a.2 c., Conc. Trident., decreto *De canonicis Scripturis*: Denz. 783 (1501). León XIII, enc. *Providentissimus*: EB 121-124,126-127. Pío XII, enc. *Divino afflante*: EB 539.

6 Cf. San Agustín, *De civ. Dei* XVII 6,2: PL 41,537; CSEL 40,2,228.

Pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios. El intérprete indagará lo que el autor sagrado intenta decir y dice, según su tiempo y cultura, por medio de los géneros literarios propios de su época⁷. Para comprender exactamente lo que el autor quiere afirmar en sus escritos, hay que tener muy en cuenta los modos de pensar, de expresarse, de narrar que se usaban en tiempo del escritor, y también las expresiones que entonces se solían emplear más en la conversación ordinaria⁸.

Y como a la Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió⁹, para sacar el sentido exacto de los textos sagrados, hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. Es deber de los exegetas trabajar según estas reglas para entender y exponer totalmente el sentido de la Sagrada Escritura, para que, con un estudio previo, vaya madurando el juicio de la Iglesia. Porque todo lo que se refiere a la interpretación de la Sagrada Escritura está sometido en última instancia a la Iglesia, que tiene el mandato y el ministerio divino de conservar y de interpretar la palabra de Dios¹⁰.

7 Cf. San Agustín, *De doctrina christiana* III 18,26: PL 34,75-76; CSEL 80,95.

8 Cf. Pío XII, 1. c.: Denz. 2294 (3829-3830); EB 557-562.

9 Cf. Benedicto XV, enc. *Spiritus Paraclitus*, 15 set. 1920: EB 469. San Jerónimo, *In Gal.* 5,19-21: PL 26,417A.

10 Cf. Conc. Vat. I, const. dogmat. de fe católica *Dei Filius* c. 2: Denz. 1788 (3007).

13. Condescendencia de Dios

En la Sagrada Escritura, pues, se manifiesta, salva siempre la verdad y la santidad de Dios, la admirable "condescendencia" de la sabiduría eterna, "para que conozcamos la inefable benignidad de Dios y de cuánta adaptación de palabra ha usado, teniendo providencia y cuidado de nuestra naturaleza"¹¹. Porque las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres.

¹¹ San Juan Crisóstomo, *In Gen.* 3,8 hom. 17,1: PG 53,134. "Adaptación" en griego se dice *synkatábasis*.

CAPITULO IV

EL ANTIGUO TESTAMENTO

14. La historia de la salvación consignada en los libros del Antiguo Testamento

Dios amantísimo, buscando y preparando solícitamente la salvación de todo el género humano, con singular favor se eligió un pueblo, a quien confió sus promesas. Hecho, pues, el pacto con Abraham (cfr. Gén 15, 18) y con el pueblo de Israel por medio de Moisés (cfr. Ex 24, 8), de tal forma se reveló con palabras y con obras a su pueblo elegido como el único Dios verdadero y vivo, que Israel experimentó cuáles fueran los caminos de Dios con los hombres y, hablando el mismo Dios por los Profetas, los entendió más hondamente y con más claridad de día en día, y los difundió ampliamente entre las gentes (cfr. Sal 21, 28-29; 95, 1-3; Is 2, 1-4; Jer 3, 17). La economía, pues, de la salvación pronunciada, narrada y explicada por los autores sagrados, se conserva como verdadera palabra de Dios en los libros del Antiguo Testamento; por lo cual estos libros inspirados por Dios conservan un valor perenne: "Pues todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza" (Rom. 15, 4).

PRIMERA PARTE
VERBUM DEI

«En el principio ya existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios...
y la Palabra se hizo carne»
(Jn 1, 1.14)

EL DIOS QUE HABLA

Dios en diálogo

6. La novedad de la revelación bíblica consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros¹⁴. La Constitución dogmática *Dei Verbum* había expresado esta realidad reconociendo que «Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía»¹⁵. Sin embargo, para comprender en su profundidad el mensaje del Prólogo de san Juan, no podemos quedarnos en la constatación de que Dios se nos comunica amorosamente. En realidad, el Verbo de Dios, por quien «se hizo todo» (Jn 1, 3) y que se «hizo carne» (Jn 1, 14), es el mismo que existía *in principio* (Jn 1,1). Aunque se puede advertir aquí una alusión al comienzo del libro del Génesis (cf. Gn 1,1), en realidad nos encontramos ante *un principio* de carácter absoluto

14 Cf. *Relatio ante disceptationem*, I.

15 CONC. ECUM. VAT. II, Const. dogm. *Dei Verbum* sobre la divina revelación, 2.

donde se nos narra la vida íntima de Dios. *El Prólogo de Juan* nos sitúa ante el hecho de que el *Logos* existe realmente desde siempre y que, desde siempre, él mismo es Dios. Así pues, no ha habido nunca en Dios un tiempo en el que no existiera el *Logos*. El Verbo ya existía antes de la creación. Por tanto, en el corazón de la vida divina está la comunión, el don absoluto. «*Dios es amor*» (1 Jn 4, 16), dice el mismo apóstol en otro lugar, indicando «la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino»¹⁶. Dios se nos da a conocer como misterio de amor infinito donde el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo. Por eso, el Verbo, que desde el principio está junto a Dios y es Dios, nos revela al mismo Dios en el diálogo de amor de las personas divinas y nos invita a participar en él. Así pues, creados a imagen y semejanza de Dios amor, solo podemos comprendernos a nosotros mismos en la acogida del Verbo y en la docilidad hacia la obra del Espíritu Santo. El enigma de la condición humana se esclarece definitivamente a la luz de la revelación realizada por el Verbo divino.

Analogía de la palabra de Dios

7. De todas estas consideraciones, que brotan de la meditación sobre el misterio cristiano expresado en el *Prólogo de Juan*, hay que destacar ahora lo que han afirmado los Padres sino-

16 Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 1: AAS 98 (2006), 217-218.